

---

CÉSAR SIMÓN

*Perros ahorcados*

Valencia, Pre-Textos, 1997, 141 p.

**E**ste libro y *En nombre de nada* (Valencia, Pre-Textos, 1998, 187 p.) son fruto de una selección de diarios del poeta César Simón. El primero comprende de marzo a septiembre de 1994 y el segundo de enero de 1996 hasta julio de 1997. Ya en 1989 había publicado una primera entrega de sus diarios, con el título de *Siciliana*. A diferencia de otros dietarios o diarios, sobre todo de poetas, que tanto proliferan últimamente, no se trata de descripciones de anécdotas insulsas y frívolos encuentros con otros poetas o escritores. Estos diarios son reflexiones profundas y sinceras, el desgranar de un pensamiento y unas preocupaciones de índole ética y metafísica que a todos nos afectan, aunque no tan directamente como a César Simón. Además, estos diarios tienen un valor añadido para los seguidores y fruidores de su poesía, *Perros ahorcados* respecto de *Templo sin dioses* (1996) y *En nombre de nada* respecto de *El jardín* (1998) desarrollan las claves apuntadas o sintetizadas en sus versos, es decir, ayudan a interpretar y llegar más allá en la lectura de su poesía y, por supuesto, a valorar la resolución sintética y concentrada de estas preocupaciones en sus poemas. En *Perros ahorcados* podemos rastrear lo que queda de *Extravío* —esa sensación encumbrada, alta: “el centro del universo es mi conciencia, y el mundo es lo que la rodea” (p. 41), la ignorancia y la persistencia del misterio—; lo que es *Templo sin dioses* —la soledad y el vacío por la vacuidad de los espacios sagrados— y el germen de lo que será *El jardín* —“Ser nadie es abrir la puerta [...] del jardín cerrado y eterno” (p. 46)—. *En nombre de nada* parte, como *El jardín*, del precedente de *Templo sin dioses*, la muerte de los dioses que provoca un vacío y un silencio que se hace omnipresente, y reflexiona en torno a la “santidad de la nada” de *El jardín*.

Aunque substancialmente ambos diarios se entrelazan y continúan, *Perros ahorcados* pone el acento en lo absurdo y malvado de la naturaleza y de la vida, sobre todo del comportamiento humano, el hecho que da origen al título

constata la maldad innecesaria y sin sentido del hombre; en cambio *En nombre de nada* es una reflexión sobre la nada como principio y fin de la vida humana, del paso de cada individuo por el mundo y su insignificancia en el inmenso y desolador universo. La reflexión en torno a la muerte o más bien a la desaparición de una vida humana o al cese de la existencia de cada hombre individualmente está presente en ambos diarios, en *Perros ahorcados*, donde concluye que “Morir es fundamentalmente esto la desaparición de una conciencia” (p. 52) y, sobre todo, en *En nombre de nada*, donde cada reflexión se encamina a la búsqueda de una respuesta —ya conocida de antemano por el autor— a la pregunta: “¿Qué hay detrás de la muerte?”. La respuesta que da título al diario ya apuntaba en *Perros ahorcados*: “No juego con las palabras. Digo y repito que hay una pasión y una desesperación tan intensas que ¡son algo! Aunque no sean nada.” (p. 26) [...] ese algo, sin nuestra conciencia personal, se llama nada” (p. 33)

En *Perros ahorcados* todavía el poeta hace balance de la vida: “lo que cuenta en la vida no es lo que vivimos, sino nosotros, y cómo vivimos lo que vivamos (p. 47 PA). Ésta, que pudiera parecer la más egoísta proclama, sin embargo, es la más dolorosa constatación y, en cierta medida, la respuesta a esa pregunta que polariza el segundo de los diarios. En *Perros ahorcados* la vida cotidiana, los quehaceres diarios están más presentes, también los primeros pasos de la enfermedad del poeta, las visitas a los médicos y la aparición del dolor físico, que incluso se confunde con el de la conciencia: “La intuición de anoche pudo ser menos metafísica de lo que creía. Me encuentro mal” (p. 48).

César Simón nos recuerda en sus diarios que esa conciencia a veces oscura, ese alma y su dolor no responden, en absoluto, al sentido de culpabilidad cristiano que tanto detesta: “¿Quién es el perverso que concibió el pecado y nuestra culpabilidad?” (p. 113 EN). En *En nombre de nada* se extiende ampliamente sobre el concepto de religión, sobre la fe y sobre todo aquello que le impide creer y abrazar una religión determinada. Imagina un después, un Más Allá: “¿Cómo es el más allá? Lo he descrito. Lo he concentrado en los interiores [...]” (p. 143)

Hay una importante presencia de otros escritores —Huxley, Maragall, Azorín, Schopenhauer, Unamuno, Wittgenstein, Kant, Spinoza, Feuerbach, Bécquer, Wilde, etc.— e interesantes discusiones en torno a sus lecturas preferidas o en torno a los que más le han marcado en relación a lo que a él le preocupa. Cuestiona cierto cientificismo y defiende la pasión y los sentimientos: “[...] de qué lugar procede tu argumentación [...] Yo respondo: procede del lugar más pro-

fundo: mi sentimiento” (p. 39 EN). Tan real como la de estos escritores es la presencia del lector: “Un gran silencio es su respiración, que alienta desde mis alrededores, me llega a envolver y se confunde con la mía” (p. 109 PA), al que consigue implicar en el texto y al que también dirige sus pensamientos y reflexiones: “Quién sabe, quién sabe. Y eso es, lector, mi religión, mi síntesis. Y quizás es también la tuya, que también has amado, has sentido, has reflexionado, y has penetrado en los intactos, en los delicados, en los silenciosos espacios interiores.” (p. 144 EN)

*En nombre de nada* al igual que *El jardín* son dos textos con vocación de despedida y conclusión final. Escritos desde la lucidez de un pensamiento largamente meditado e iluminador, cuyo referente es el hombre y su pequeña existencia, y en los que el autor consigue encontrar el tono adecuado para convertir los pensamientos más elevados y apartados de la realidad más prosaica, en las reflexiones más necesarias e imprescindibles para manejarse por la vida. Aunque comprobemos cada día qué escasas son. Pero, ¿habrá algún valenciano que se haya dado cuenta de que habita en un país metafísico?

ROSA M<sup>a</sup> BELDA  
*Universitat de València*